

García, Esteban (2022). Una historia del cuerpo y el sentir: Merleau-Ponty y la tradición filosófica. Buenos Aires: SB Editores. Publicado en la Colección Post-Visión, dirigida por Jorge Roggero

Martín Grassi
Universidad Católica Argentina – CONICET

Recepción: 19/12/2023

Aceptación: 08/06/2023

Cada historia se organiza de una forma particular. Cada historia tiene un punto de fuga que sirve como ese corazón invisible de una composición plástica, ese gracias al cual todos los elementos de un cuadro se relacionan los unos con los otros. Aunque no aparezca como tal, el punto de fuga se hace presente en cada línea que tiende cada uno de los objetos de una pintura. También una historia se compone gracias a un tema o motivo central que, aunque aparezca nombrado, no brilla tanto por su explicitación sino por su carácter sugerente. En esta historia del cuerpo y del sentir, Esteban García trama su argumento a partir de dos puntos de fuga: por un lado, la idea de que toda herencia filosófica es una *apropiación*; por otro lado, que el cuerpo y el sentir son objetos ante todo de una *praxis*. En última instancia, ambos puntos convergen en una filosofía pragmática que define tanto a una manera de historizar (o investigar: recordemos que en griego, *historia* significa “investigación”), como a una manera de comprender un cuerpo vivo. En última instancia, ambos puntos convergen también en lo que llamamos un “cuerpo textual”: también él es un objeto de la *praxis*, tanto el resultado como el medio de una pragmática. Y como todo texto-cuerpo, ningún cuerpo textual comienza de la nada ni se debe a sí mismo: todo cuerpo textual lleva también su ombligo, es ya fruto de otros textos pasados y será -de alguna u otra manera- progenitor de otros por venir. Todo texto pertenece ya a la tradición, al *trade*, al comercio de los textos disponibles: escribir y leer un texto es entrar en esta relación comercial con un sentido instituido y un sentido por instituirse.

El cuerpo textual del cual se sirve García para su historia es el del *corpus* de Maurice Merleau-Ponty. A partir del examen de dicho cuerpo, García busca sus ombligos (a diferencia de nuestros cuerpos, los textos conocen innumerables textos gestantes). Y el punto de fuga que es también el ombligo (ese agujero que compone nuestros miembros a partir de un centro), será el de la idea de cuerpo y de sentir. En vez de la imagen del ombligo, García se hace eco de otra figura utilizada por Merleau-Ponty para referirse al mercado de los textos: el de “nudo”. Toda obra (filosófica, en este caso) es un “nudo de relaciones”, una convergencia de tramas, un entramado, cuyas líneas quedan confundidas o entrelazadas en el lugar del nudo. Desanudar es tarea difícil, tanto más cuantos más lazos se hallen entrecruzados. Este des-anudar que es obra del lector encuentra su contrapartida en el acto de anudar que es siempre el de un escritor. Cuando escribimos re-anudamos tramas que nos vienen por separado, pero que de hecho ya estaban cruzadas; reanudamos un diálogo al que llegamos tarde. Como afirma García, siguiendo a Merleau-Ponty, “enunciar una propuesta filosófica propia, por nueva y original que sea, es sumarse a una conversación siempre ya iniciada y en curso” (p.10). Claro que uno puede reanudar la conversación de muchas maneras, quedándose con los grandes y recurrentes temas que aparecen a cada intervención, o atendiendo a aquello que se dice como al pasar, como una acotación, algo breve y quizás insignificante. Es fácil perder de vista la confección de una prenda cuando la vemos de frente: solo mirarla desde el lado interno, aquél que se oculta, puede ofrecer la posibilidad de reanudar la trama para desanudarla, o para “deshilarla”, dice García (p.14). Porque la estrategia de Merleau-Ponty (tal como la presenta y reconstruye García), es la de considerar a la filosofía no como un manto homogéneo que se expande a medida que los siglos suman sus puntadas, sino como una miscelánea, una *stromata*, un tejido complejo e infinito que no conoce un único punto de confección, sino que presenta incontables posibilidades de intervención. El cuerpo textual de la filosofía es un objeto del cual hacemos uso, y dicha apropiación definirá el modo en que la sigamos hilando (o deshilando, que es una forma también de confección), y, por ello, el cuerpo textual naciente será también un parche más en este tejido. En otras palabras, todo texto filosófico -el *corpus* de la filosofía- es ya todos los textos filosóficos. Al decir de Merleau-Ponty, “una filosofía es necesariamente una historia”, y la historia de la filosofía “no es prefacio a la filosofía, sino la filosofía misma” (p. 19). La filosofía no es un hilo que se extiende, sino una trama que se confecciona con lazos que se entrelazan los unos con los otros (ese *In-ein-ander* merleau-pontyano que se traduce como “entrelazo”), hasta el colmo de no poder deshilvanarlos o desatarlos, y en los que la prenda confeccionada ya no tiene centro. El *corpus* textual está desquiciado, fuera de centro, y juega significativamente en ese “zigzag” que es el paso de la palabra de uno a otro propio de un diálogo, de un pensar (p. 25). Y el nacimiento de un cuerpo textual no es sino la apropiación a la distancia y en ausencia de estas voces y grafías: no es Platón, sino Platón en mí; no es la historia de la filosofía, sino la historia de la filosofía en mí. La vida filosófica es un poema que se escribe a la noche, cuando al cerrar los ojos los fantasmas dan vida a los pensamientos.

Entre los muchos fantasmas que pueblan la noche de Merleau-Ponty a la manera de sombras parlantes, García elige algunos para reanudar el diálogo. Como toda historia, la elección es deliberada y, por ello, arbitraria. Pero cuando convoca a los interlocutores, no lo hace caprichosamente. La *historia del cuerpo y el sentir* sigue una lógica, primeramente, cronológica: comienza con Aristóteles, sigue con Descartes, Hume, Kant, Bergson y Husserl. Siete capítulos, de los cuales hay dos dedicados a ese estagirita que es, entre todos los otros, el que tiene una presencia fantasmática más acentuada en los sueños de Merleau-Ponty. Decisión de García que vuelve a subrayar esa dimensión misteriosa que hace de una tradición algo que se teje más allá de todo control y gobierno, y que hace que “cada elección filosófica se destaque sobre el fondo de lo que no ha elegido” (Merleau-Ponty, citado en: p. 10). El caso de Aristóteles es interesante porque Merleau-Ponty casi no lo refiere explícitamente, y prácticamente su tratamiento filosófico es “moderno”, como si lo “clásico” estuviera ya dejado fuera de juego en sus consideraciones. Y sin embargo, las “resonancias” que García enfatiza entre Aristóteles y Merleau-Ponty no solo juegan un papel central en sus dos primeros capítulos, sino también en otras partes de su historia -como si el fantasma de Aristóteles también interviniera en los otros diálogos veinte siglos o más después. Y he aquí este segundo punto de fuga que me parece estructurar la historia de García, esta vez referido al cuerpo viviente: tanto el cuerpo como el sentir no pueden ser considerados cosas (*ousía*), sino asuntos (*prágmata*), justamente porque el mundo mismo no es sino el campo de seres que se nos ofrecen a nuestra praxis, a nuestro trato con ellos. Si el cuerpo y el sentir son modos en que entramos en con-tacto con el mundo, es porque son ellos también aquellos que nos permiten entrar en con-trato con las cosas: el tocar es ya un tratar. La historia del cuerpo y del sentir de García enfatiza en cada tramo la dimensión pragmática de este cuerpo viviente a partir de la perspectiva de Merleau-Ponty: el sí mismo, este sujeto encarnado, “está preso entre las cosas” (Merleau-Ponty, citado en: p. 63), es un sujeto de habitualidades, de disposiciones, de apertura a la virtualidad del mundo, a las ocasiones para su acción, de un venir al mundo que es in-ventivo (*invenire*, en latín, significa tanto “descubrir” como “crear”), un “yo puedo” más que un “yo pienso”, que se encuentra atravesado tanto por la materialidad de lo físico, como por lo simbólico de lo cultural, un sujeto que es él mismo el origen y el producto de sus *praxis*, pero de una *praxis* que es tanto activa como pasiva, tanto espontánea como generada, instituida e instituyente.

La historia del cuerpo y del sentir a partir de Merleau-Ponty se trama en García -creo- a partir de ese lugar marginal y residual que se encuentra en este diálogo filosófico de Occidente, y que es la idea del *cuerpo que habito*: como en todo habitar, el viviente y su hogar se co-determinan, se constituyen en una relación activo-pasiva que se realiza en el orden de lo pragmático, de todo aquello que se me presenta como un asunto (*Sache*) del cual me debo ocupar y que, de hecho, me pre-ocupa (*Sorge*). El cuerpo vivo es el cuerpo habitual, porque es el cuerpo en el que vivo y por el cual

vivo también en el mundo; soy en el mundo porque lo habito carnalmente. Y aquí es donde me llama la atención un silencio de García, silencio que deja un margen y que, por ello, es invitación a reanudar una conversación que él ha iniciado con su texto. Se trata de la ausencia de Martin Heidegger en esta historia. Claro que, en este fenomenólogo alemán, la cuestión del cuerpo y del sentir es problemática y, para muchos, casi inatendida, por lo cual esta elección puede justificarse. Sin embargo, si lo que parece llevar el ritmo de la historia de García es este fondo pragmático de la filosofía del cuerpo de Merleau-Ponty, uno bien podría ver en Heidegger uno de esos fantasmas no que “brillan por su ausencia” (como el caso de Aristóteles), sino como aquellos que se confunden casi con quien los sueña, como si se tratara de un caso de posesión demoníaca: ¿acaso la idea de un ser-en-el-mundo que constituye a las cosas y al sí mismo a partir del trato y del cuidado que tiene respecto de ellos no es la base que transforma la fenomenología entera de Merleau-Ponty, y que la separa de la perspectiva trascendental de Husserl? Este silencio de García es significativo: no una falta, sino una invitación. Quizás podamos reanudar esta historia a partir del intento por desanudar ese hilo que se confunde demasiado en el nudo por estar tan estrechamente ajustado; ese hilo que también hablaba del *zigzag* para referirse a la historia y a sus acontecimientos.

En todo caso, *Una historia del cuerpo y el sentir* es un texto fundamental para asomarnos a la filosofía del cuerpo de Merleau-Ponty, y comprenderla en sus *zigzagueos* con la tradición filosófica occidental. Es un texto que permite, por ello, asomarnos también a los interlocutores del fenomenólogo francés, ofreciendo vasta bibliografía y claridad conceptual para que cada lector pueda recorrer los hilos de esta historia. Pero, creo, es también un libro fundamental para pensar otros modos de hacer historia de la filosofía, una forma más oblicua, más caótica, más escurridiza, pero, por ello, más fascinante. Porque este modo de hacer historia de la filosofía es a la vez una manera de entrar en el taller del filósofo, y ver el modo en que se confecciona el texto de su pensamiento a partir de los retazos de tela que selecciona; pero es también comprender que somos filósofos en la medida en que nuestros fantasmas (o “sombras”) viven en nosotros, gracias a nosotros, a pesar de nosotros, con nosotros, contra nosotros. Que escribir es ya un tejer, y que al hacer una historia no hacemos más que enhebrar un nuevo texto, aunque lo presentemos como una empresa de deshilvanar lo tramado. Este libro, por ello, muestra que cuando hablamos de Merleau-Ponty no hablamos de Merleau-Ponty, sino de Merleau-Ponty en nosotros. Este texto habla más de García que de ese francés del siglo XX; este texto nos convoca a un diálogo con uno de los filósofos fenomenólogos más importantes en la Argentina hoy en día, a la espera de nuevos textos y de nuevas historias.